

La historia interna del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI). Correspondencia (1910-1976). Introducción, selección y notas de Santi Cortés Carreres y Vicent García Perales. València, Universitat de València, 2009, 514 pp. [ISBN 978-84-370-7478-8].

Reseñado por Enrique Pato
Université de Montréal

La Universidad de Valencia acaba de editar una “historia interna” del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* (ALPI). Las cartas seleccionadas, fechadas entre 1910 y 1976, corresponden con el inicio del proyecto del “mapa lingüístico de España” y la suspensión de los trabajos de edición del ALPI. El valor de esta correspondencia es grande, teniendo en cuenta que muchas de ellas habían permanecido inéditas hasta ahora. En concreto, los editores del volumen presentan 322 cartas de las siguientes personas: Tomás Navarro Tomás (104), Aníbal Otero (32), Aurelio M. Espinosa (8), Lorenzo Rodríguez-Castellano (61), Francesc de B. Moll (11), Manuel Sanchis Guarner (75), Armando N. de Gusmão (2), Luís F. Lindley Cintra (8), Ramón Menéndez Pidal (14), Rafael Lapesa (2) y Rafael de Balbín (10). El carácter “estrictamente epistolar” y la voluntad “de exhaustividad” del volumen, tal y como señalan los editores (*Introducción*, p. 24), son dos aspectos que merecen ser recordados.

Introducción. La información recogida en esta parte es, en términos generales, precisa y adecuada. Uno de los datos más interesantes es conocer que, para la confección de las listas y su posterior publicación, los colaboradores del ALPI se repartieron los cuadernos del siguiente modo: Sanchis (22 provincias), Rodríguez-Castellano (23) y Otero (4 provincias y 18 distritos portugueses). Por lo que respecta a los criterios de selección y de edición, es normal que los editores hayan eliminado las cartas repetitivas, pero no parece del todo adecuada la supresión que realizan de los párrafos “ajenos al tema central del epistolario” (p. 42) en algunas cartas. Esta supresión de fragmentos que no hacen referencia estricta al Atlas, y que se realiza en determinadas cartas, priva al lector de conocer “temas lingüísticos, editoriales o eruditos” entre las personas que estuvieron relacionadas directamente en el proyecto del ALPI. Creemos que mediante la lectura de los temas lingüísticos, editoriales y eruditos también se podrían descubrir otros “lazos existentes” entre colaboradores y maestros. Por otro lado, los editores ofrecen en nota a pie de página alguna información relevante de cartas no editadas en este volumen, pero que figuran en la Introducción, como por ejemplo los datos que resaltan sobre la relación entre Otero y Rodríguez-Castellano con Sanchis (p. 33,

n. 32), de Sanchis y Rodríguez-Castellano (p. 36, n. 37 y n. 38), o entre el malentendido que hubo entre Otero y Rodríguez-Castellano, por Espinosa (p. 35, carta reproducida completa, pero en nota a pie de página, n. 36). Además, se desconoce el número total de cartas excluidas del epistolario (p. 44).

Otra consideración menor, relacionada con el orden cronológico y de presentación de las cartas, el cual es impecable, sería adelantar la carta 77 y situarla antes que la 76, pues si bien ambas están fechadas el 20 de junio de 1944 (p. 144 y p. 145), en la c. 77 Moll le comunica a Rodríguez-Castellano que “Él [Sanchis] te escribe también hoy” (p. 145), haciendo referencia a la c. 76 en la que Sanchis escribe a Rodríguez-Castellano. Por otro lado, la errata más significativa figura en la p. 29, donde en lugar de “Se ha creído conveniente organizar el conjunto en *cinco* grandes apartados”, debería aparecer el numeral *seis*, pues seis son finalmente las partes en que se presenta el epistolario.

Presentaré a continuación, y de modo resumido, algunos de los detalles “ignorados o mal conocidos” que llaman la atención de la *historia interna* del ALPI, siguiendo para ello las partes en las que está dividido el epistolario editado.

Primera parte.

“I. Procesos de gestación, primeras excursiones e interrupción de la guerra civil (1910-1937)”. Cartas 1-56.

Las 56 cartas seleccionadas comienzan en 1910, cuando Menéndez Pidal indica a Miguel de Unamuno la necesidad de conocer las variedades dialectales que subsistían en España y su definición en un mapa dialectal, para obtener así una idea del “habla viviente que late debajo de la uniformidad literaria” (c. 1, p. 51). Idea que más tarde desarrollaría en su tendencia *latente activa*, oculta, que coexiste con la tendencia dominante que es la única ostensible o manifiesta. Ese trabajo “pesado” solo podía ser llevado a cabo por unos pocos, pensando que serían necesarios unos “4 ó 5 años” para realizarlo. Entre esos pocos preparados, Menéndez Pidal pensó en Federico de Onís, con el que había realizado ya algunas encuestas en un viaje dialectal, pero su participación en la empresa del ALPI nunca tuvo lugar, ya que Onís ingresó en la Universidad de Columbia en 1916.

Las siguientes cartas muestran que Menéndez Pidal debe figurar como “inspirador” y “supervisor” del ALPI, pero también que Navarro Tomás, tras su estancia en Francia (Montpellier, Grenoble, París), Alemania (Heidelberg, Marburgo, Hamburgo, Leipzig, Halle) y Suiza (Zurich), se convierte en el “responsable” del ALPI (1923). En efecto, la formación que adquirió Navarro Tomás entre 1912 y 1913 fue sólida y única, no sólo por el conocimiento que adquirió de primera mano de los Atlas europeos, los aparatos y las herramientas

disponibles en los laboratorios, su manipulación y compra con la idea de “llevar el laboratorio a las aldeas” y realizar una experimentación “ambulante”, sino por el conocimiento del paladar artificial, las excursiones con Millardet (para llevar a cabo una encuesta sobre el provenzal), y el conocimiento de las noticias sobre un proyecto de un Atlas lingüístico de España, y otro Atlas hispano americano, ideados en Hamburgo por el “audaz y ambicioso” Schädel (c. 7, p. 62), lo que suponía una verdadera “afrenta”, y algo “insoportable” al no ser siquiera anunciado a Menéndez Pidal. Lo cierto es que en 1913, el *Bulletin de dialectologie romane* V, p. 60, recoge la información del proyecto de un *Atlas lingüístico español y portugués* por el *Hamburgischen Romanischen Seminars*, dirigido por Bernhard Schädel.

El método de Gilliéron no podía servir de modelo al proyecto español, y el de Wrede tampoco. Navarro descubre en Europa que “los que estudian fonética experimental no son dialectólogos y los que estudian dialectología no son fonéticos” (c. 8, p. 64), asimismo los investigadores que no son filólogos les falta “por consiguiente el cariño a la historia” (c. 8, p. 65). El entusiasmo de Navarro era grande, tenía ya un “plan” y deseaba salir a los pueblos con los aparatos.

12 años más tarde, en 1925, Menéndez Pidal se da cuenta de que no va a poder encargarse de la dirección del Atlas, ambición que no deseaba Navarro Tomás, pero “trabajando juntos yo no puedo considerarme como igual a usted” (c. 11, p. 67). El cuestionario estaba en marcha. En 1927 Griera se ofrece para colaborar en el Atlas Lingüístico de España, pero Navarro no lo acepta al considerar que “Griera es incapaz de hacer un buen Atlas de España” (c. 13, p. 71). Navarro continúa su formación en Venezuela y Puerto Rico, donde lleva a cabo el primer atlas lingüístico del español, con encuestas que le ocupan “de cinco a ocho horas” con cada informante (c. 13, p. 70). Para el caso de la Península, “con buen auto, buenas carreteras, clima agradable, dinero y buenas relaciones, el trabajo de recorrer los pueblos, buscar los sujetos, dominarlos y exprimirlos representa un esfuerzo bastante regular” (c. 13, p. 71). El trabajo se podría dividir en zonas entre varios encuestadores, pero lo mejor es que “una sola persona” recogiera los materiales, pues no es “fácil la colaboración en el Atlas” (c. 13, p. 71).

El tiempo va pasando, y Navarro ve necesario “contar con unos cuantos jóvenes” para llevar a cabo el trabajo, y así lo expone a Amado Alonso (c. 16, p. 74). Tras la ausencia de Alonso, tres jóvenes se someten en 1929 a un cursillo de fonética con Navarro Tomás: Rafael Lapesa, Ángel Lacalle y Paulino Ortega Lamadrid. Ninguno de ellos continuaría en los trabajos del ALPI. En 1930 y 1931 se incorporan Aurelio M. Espinosa, primer encuestador del ALPI a sus 23 años, Sá Nogueira, que finalmente renunciaría, y Rodríguez-Castellano (con 25 años). Los trabajos comienzan en 1932 por tierras de Soria y Guadalajara, más tarde serían Murcia, Almería, Granada, Málaga y Sevilla. Los viajes se suceden, y los

encuestadores alternan los cuestionarios “extensos” con los “pequeños”, siguiendo un sistema de “dos días para cada punto” (c. 22, p. 80). El viaje es “feliz”, pero pasan mucho frío, y son necesarios algunos cambios en el itinerario previsto. En ocasiones utilizan caballerías para llegar a los pueblos, y los sujetos son en su mayoría “hombres maduros e inteligentes” (c. 26, p. 84). En 1933, y para la parte de Valencia y Cataluña, Navarro piensa en Moll y en Sanchis Guarner (para la parte de fonética), que a sus 22 años se convierte en el colaborador más joven del proyecto, ambos tendrían una “remuneración mensual de 300 pesetas” (c. 27, p. 85), pero ambos deberían adquirir el “criterio concordante” y una “práctica acústica” para llevar a cabo el trabajo de forma correcta. Las encuestas por Cataluña, donde “el nivel cultural de esta región es bastante elevado” (c. 35, p. 93) se realizan normalmente a pie o en taxi, ya que los encuestadores no disponen de coche propio. Por último, se establece la incorporación del joven Otero (23 años), para realizar la zona gallego-portuguesa.

Los problemas durante el trabajo de campo fueron continuos, primero por el difícil desplazamiento por los pueblos, las “frecuentes reparaciones” del coche y la prometida compra de un nuevo Ford. Las cartas nos ofrecen, asimismo, rica información sobre el método de los “animales” y el “álbum” para desarrollar el cuestionario, así como los “documentos para los gobernadores” que se emplearon en el trabajo de campo para el ALPI. Por último y más importante, presentan datos concretos sobre los problemas con los presupuestos y la reducción de ayudas de la Junta de Relaciones Culturales y del Ministerio de Instrucción Pública al ALPI; la “advertencia” de Moll de “renunciar a intervenir” en la obra si no se aclaraban algunos aspectos económicos (c. 35, p. 95); y más tarde los enfados de Sanchis ante la “austeritat” y el “egoisme” de “Poncio” (Navarro Tomás), quien piensa presentar también la dimisión (c. 47, p. 106), tal y como hacía Otero, que “ha tret millor tallada que tots” presentando la dimisión a cada instante (c. 52, p. 112). Finalmente, las cartas confirman que Moll obtuvo un aumento de sueldo, pasando de 300 a 750 pesetas (c. 53, p. 113).

La relación ente el director del proyecto y los colaboradores fue estrecha, pero diferente. El trato con de Moll siempre fue de “Sr. D.”, mientras que a Sanchis y a Rodríguez-Castellano los trató de “queridos”, y les recomienda que “cuiden las comidas” (c. 39, p. 99). Al final del camino, Navarro confesará a Rodríguez-Castellano que “de todo el antiguo grupo es usted el amigo más fiel” (c. 321, p. 449).

La relación entre los equipos de encuesta (los “atlánticos”) no deja de ser entrañable, cf. por ejemplo la c. 36 en la que Moll y Sanchis cuentan a “R-Castellano y Espinosa” sus hazañas y aventuras (calificadas de “karáъa”). Aunque pronto habría “cruces” de equipos, pues Sanchis y Rodríguez-Castellano, en ausencia de Espinosa porque estaba terminando su tesis doctoral, se encargarían

de Valencia y Castellón, y más tarde de Zaragoza, Teruel, Cuenca y Huesca. Espinosa trabajaría ahora con Otero por tierras de Zamora y Orense, donde hacen cuadernos muy buenos, “llenos de observaciones y acotaciones” (c. 41, p. 101), y luego en Ávila. Los planes continúan, y se suceden las encuestas de Navarra, La Rioja y Álava. El ‘descanso’ de Moll, debido a que “sus muchas ocupaciones” le impiden volver al trabajo del Atlas, suscita en el resto de los colaboradores solicitar un descanso merecido, tras una “continua actividad”.

La guerra civil española interrumpe el proyecto. La carta de Menéndez Pidal a Gil Casares (c. 55, p. 115) solicitando la intervención para ayudar a Otero, hecho preso en Tuy, cierra esta primera parte del epistolario. Retomaré esta información al final de la reseña.

Segunda parte.

“II. Reanudación y retorno de los materiales expatriados (1939-1951)”. Cartas 57-116.

Tras la guerra civil, “no se sabe nada” de los trabajos del ALPI. Navarro Tomás, desde Nueva York, escribe a Amado Alonso informando de que la mayoría de los materiales están en su poder, y que el ALPI “ofrece ya un valor de documentación histórica” (c. 58, p. 122). Menéndez Pidal, de vuelta en España tras tres años de exilio, toma las riendas del proyecto. Sanchis es hecho prisionero en Salamanca. Nada se sabe de Otero, ni de Nobre de Gusmão. Navarro reanuda el contacto con Rodríguez-Castellano y confía en ver algún día terminada la empresa “en que con tanto cariño han trabajado para bien de la cultura española y del prestigio científico del país” (c. 63, p. 129). Los preparativos de la “Misión Diplomática” para recuperar los materiales “propiedad del Estado español”, y en caso necesario demandar a Navarro Tomás, son puestos en marcha por el propio embajador español en Washington (c. 64, pp. 130-132). Los contactos entre los colaboradores se recuperan. Otero vuelve a Meira (Lugo) tras ser liberado. Sanchis, que seguía cumpliendo condena de “doce años y un día” (c. 67 p. 136), es también puesto en libertad tras cuatro años. Rodríguez-Castellano, en cambio, al ver la situación en el Centro de Estudios anuncia apartarse “definitivamente de la Lingüística” (c. 69, p. 137), cosa que finalmente no haría del todo.

Menéndez Pidal, deseoso de ver publicado el Atlas, contacta a Otero para retomar los trabajos de Portugal, y con Moll y Sanchis para continuar la tarea y reanudar las encuestas catalanas. Moll le comunica que el trabajo “exige unos cuatro meses” y que los gastos “ascenderían por lo menos a unas cuarenta mil pesetas” (c. 73, p. 141). Menéndez Pidal les confirma que habrá dinero, y se alegra de “haber resucitado estos trabajos” (c. 75, p. 143). Desde Nueva York, y unos meses antes, Navarro confiaba en “poder reanudar nuestros trabajos

lingüísticos” (c. 74, p. 142). Sanchis y Rodríguez-Castellano sabedores de la noticia del acuerdo entre Navarro y el CSIC “para concluir y publicar” el Atlas bajo su dirección, le escriben para tratar sobre el encuentro en la Universidad de Columbia y los planes para repasar los cuestionarios, lo que incluía también “formar los borradores de los mapas” (c. 83, p. 154). Ahora, más que nunca se hacía necesario “disponer de un coche para las encuestas”. Y quedaba por confirmar si Portugal “al fin se va a incluir también” en el proyecto (c. 80, p. 149). El interés del CSIC por terminar la obra es grande, sobre todo tras conocer la noticia de que Arnald Steiger (y Griera) planeaba realizar un Atlas Lingüístico de la Península (c. 80, p. 150). Otero termina el trabajo en Galicia, constreñido “a un número limitado para no hacer la labor inacabable” (c. 82, p. 152).

El trabajo de Dámaso Alonso durante esta etapa debió ser importante, aunque las cartas no lo permiten confirmar del todo. La eliminación de Portugal y el Rosellón es algo que se baraja. Los planes para ir a Nueva York son continuos, y aunque a los encuestadores el Atlas les “rejuvenece”, las dificultades económicas son muchas. Mientras Rodríguez-Castellano encuesta en Asturias, en octubre de 1947, Sanchis lo hace en el Pirineo catalán, donde “resulta cada pueblo a unas 550 ptas.” (c. 89, p. 163). Los cuadernos de Valencia que se encontraban en paradero desconocido, son finalmente recuperados.

Los planes del Atlas se vuelven a estancar, a pesar de haber sido anunciado en la Asamblea Cervantina de 1947. Rodríguez-Castellano comunica a García de Diego su idea de renunciar “con carácter definitivo” (c. 92, p. 167) si no hay noticias sobre el viaje a Nueva York. Navarro y Lapesa señalan el posible interés de la Fundación Rockefeller de colaborar en el proyecto, pero los años pasan y poco se avanza. Balbín insta a Navarro para regresar a Madrid y “poner en marcha la confección y publicación del Atlas” (c. 95, p. 170), pero Navarro rechaza el ofrecimiento por la “necesidad imperiosa de atender la salud”; evidentemente había otras razones.

Las indicaciones de Navarro sobre la preparación de los mapas son continuas, “la numeración debería hacerse del norte a sur preferentemente” y los originales de los mapas creados por los colaboradores “de su puño y letra para evitar errores” (c. 95, p. 170), lo que finalmente no se hizo. Sanchis piensa en aprovechar el viaje para “preparar una aceptable Dialectología hispánica” (c. 96, p. 172); y Rodríguez-Castellano cree que les “sentaría muy bien un cambio de ambiente” (c. 97, p. 173). Ni la Guggenheim Foundation ni la Rockefeller conceden las becas solicitadas para que los dos colaboradores viajen a Nueva York. Navarro desea devolver los materiales antes de terminar su actividad académica (c. 105, p. 183), pero Sanchis le sugiere que “no tome la decisión sin que se le den las debidas seguridades pues pudiera muy bien ocurrir que fueran a quedar olvidados en cualquier rincón de Medinaceli” (c. 108, p. 185).

Finalmente Rodríguez-Castellano y Sanchis logran obtener “9.200 pesetas para el viaje” y “630 dólares para estancia y viaje de regreso” (c. 111, p. 189). Después de un periodo de casi dos meses, el 17 de enero de 1950 los colaboradores reciben “todos los materiales del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica que tenía bajo su custodia” Navarro Tomás (c. 115 p. 193).

Otros asuntos colaterales fueron la solicitud del premio Nobel para Menéndez Pidal (c. 86, p. 158), y las primeras aproximaciones de éste con Lindley Cintra para preguntar por un “posible entendimiento” sobre la realización del Atlas peninsular entre ambos países. Por otro lado, llama la atención la tardía carta de Navarro a Otero, interesándose por su persona (c. 112, p. 190), cuando desde hacía más de diez años que Rodríguez-Castellano estaba en contacto con Otero, y el propio Menéndez Pidal le había escrito hacía siete años. Retomaremos algunas noticias sobre la figura de Aníbal Otero al final de la presente reseña.

Tercera parte.

“III. Entendimiento con Portugal y terminación de las encuestas (1951-1956)”.
Cartas 117-202.

Los colaboradores por fin tienen “asignado despacho en Medinaceli” (c. 117, p. 197). Asombra las palabras casi premonitorias de Navarro, quien en 1951 desea que el Consejo mantenga esa buena actitud “y que no quede todo a la publicación del primer volumen” (c. 119, p. 199).

Menéndez Pidal informa de que “el Instituto para a Alta Cultura presta su colaboración al Atlas” (c. 121, p. 201). Se piensa en sustituir a Gusmão, por motivos de salud, y el propio José M. Piel propone como candidato a Chorão de Carvalho, además de ofrecerse para acompañar al equipo de encuestadores. Según Otero, “Piel cree que esta demora es debida a que el Consejo no tiene interés en publicar el Atlas” (c. 124, p. 205), y que se estaba “perdiendo lamentablemente el tiempo, por falta de Dirección eficiente” (c. 125, p. 205). El “asunto de Portugal está sumamente confuso”, y en principio la aportación de Portugal era “un colaborador y un coche” (c. 127, p. 207). La participación de Gusmão finalmente se diluye, pues parece ser un “pesimista empedernido” (c. 130, p. 209); además, el colaborador no recibía la información necesaria para el buen desarrollo del trabajo (lista de lugares, modificaciones y simplificaciones del sistema de transcripción, etc.) (c. 134, p. 214). No fue posible “ceder um automóvil para as deslocações” (c. 139, p. 220), y a pesar de que Gusmão era becario del Instituto para a Alta Cultura y había cobrado por el trabajo, su “estado mental” era preocupante (c. 140, p. 221). Finalmente, y por motivos de salud, “no puede colaborar” en el ALPI (c. 143, p. 224). “La enfermedad de Gusmão se llama esquizofrenia”, escribirá Otero

(c. 145, p. 228). Menéndez Pidal informa a Otero de que “ante la enorme dificultad para contar con Chorão de Carvalho, se ofrece Cintra a hacer el recorrido de Portugal” (c. 150, p. 232).

Se planifica la encuesta al Rosellón. En diciembre de 1951 Sanchis y Rodríguez-Castellano son hechos “colaboradores oficiales” del CSIC. Lo convenido era “hacer ahora el 1^{er} cuaderno nada más, hasta componer 100 mapas, el 1^{er} tomo” (c. 135, p. 215). Menéndez Pidal, Dámaso y Balbín indican la necesidad de activar los trabajos del Atlas. Para la numeración de los enclaves era conveniente dividir la península en cinco zonas dialectales, “simplemente por simplificar”, incluyendo “Albacete con Castilla y Murcia con Andalucía”, y ponerse de acuerdo sobre las palabras que formarían el primer tomo (c. 136, p. 216, y c. 138, p. 219). Dámaso es nombrado para la supervisión de los trabajos del Atlas. Las “diferencias entre amigos” son continuas. Rodríguez-Castellano escribe a Dámaso para comunicarle que “anulen al menos temporalmente, mi nombramiento de colaborador”, pues no podía trabajar si “Sanchis hace en cada momento aquello que se le mete en la cabeza o lo que conviene a él, pero no lo que la obra del Atlas exige” (c. 141, p. 222). De hecho, los colaboradores publican trabajos de divulgación del ALPI de manera independiente. Rodríguez-Castellano escribe a Balbín para manifestarle que “mucha culpa” de que los trabajos del Atlas no vayan bien “la tiene Sanchis”, al que tacha de ególatra que se cree un sabio (c. 151, p. 233), y a Lapesa le señala la “actitud egoísta” (c. 154, p. 237). El envío de las normas de simplificación y unificación de las transcripciones fue una de las causas del malentendido entre los dos colaboradores, del “tono realmente antipático” (c. 161, p. 245) y de la “cierta sequedad” (c. 164, p. 248) de Rodríguez-Castellano con Sanchis. En realidad, el trabajo en Nueva York con Navarro había sido menor del que pensaba Rodríguez-Castellano, y en su enfado hay cierta envidia encubierta. El propio Navarro escribiría meses más tarde a Rodríguez-Castellano que era “fácil darse cuenta de que entre usted y Sanchis no existe una compenetración suficiente de maneras de conducirse en su colaboración que debiera ser de completa confianza y lealtad” (c. 173, p. 259).

La confección de las listas empezaron con “las palabras que fueron elegidas para reflejar los problemas de Fonética histórica” (c. 149, p. 231). Según lo convenido “se hacen ahora 107 palabras”, aunque “cada tomo constará de 100 mapas [...] por si no se aprovechan algunas palabras” (c. 158, p. 242). Dámaso deja la supervisión del proyecto, “que en realidad nunca había tomado” (c. 154, p. 237), y le sustituye Balbín. Menéndez Pidal cree conveniente una reducción mayor de los signos fonéticos ya simplificados.

Otero se desplaza a Lisboa y comienzan las encuestas de Portugal, “labor de principal importancia y de mayor compromiso”, en palabras de Navarro (c. 165, p. 250). Pero sin coche, “no se pueden hacer más de dos [puntos] por semana” (c.

167, p. 251). Según Otero, “Cintra es muy trabajador y entusiasta” (c. 167, p. 252). En tres meses se encuestan 20 puntos. El propio Cintra, muy preocupado “de que se eche a perder una gran parte del trabajo” sugiere a Menéndez Pidal el nombre de Lapesa para estar “al frente de la publicación” (c. 168, p. 253). Tres meses más tarde se habían encuestado 35 puntos, y para septiembre de 1954, había 26 puntos más. El propio Cintra manifiesta su preocupación por incluir los 15 “puntos visitados en el 36 por Otero y Gusmão” (c. 170, p. 255), y cree que habría que prescindir de ellos, pues “es un defecto bastante grande que la mayor parte de España, por un lado, y Portugal, por otro, sean estudiados en épocas tan distintas”. Finalmente deciden “no hacer sino 80 puntos” (c. 176, p. 262), y la encuesta de Portugal se da por terminada. No obstante, “existen discrepancias de oído y de método” entre Cintra y Otero, porque no fue “un trabajo de equipo, como en el resto del ALPI, pues ha faltado la unidad de criterio y de método y la sintonía” (c. 182, p. 270). El problema principal estaba en los datos contradictorios recogidos sobre la diptongación portuguesa de *ou* y *ei* (y de si Otero había oído “músicas celestiales”). Otero, como colaborador del Atlas, quería serlo con “sus” sentidos y no con los ajenos, y no deseaba que su trabajo figurara en una simple nota; por su formación con Navarro realizaba transcripciones fonéticas muy matizadas. Para Navarro lo más razonable era “inclinarse a tomar en consideración el testimonio del que afirma la presencia de un fenómeno, en lugar de decidirse por el que lo rechaza” (c. 187, p. 278). Para solucionar el problema, Cintra aporta una cinta magnetofónica en la que no aparece la diptongación en el sujeto informante. Para aclarar mejor el asunto y conciliar pareceres se decide llevar a cabo una excursión de comprobación “para discutir sobre el terreno el impugnado diptongo” (c. 200, p. 295), con una “gratificación de 2.500 pts.” (c. 201, p. 296). Otero decide no participar, decisión tomada después de que el Consejo le hubiera “dado de baja como colaborador”, sin previo aviso (c. 197, p. 291).

Respecto a la relación entre Navarro y Otero, podría calificarse de ‘extraña’. El propio Otero confesaba, “nunca podré contar con la simpatía de Navarro” (c. 131, p. 211). En alguna ocasión habían tenido, maestro y discípulo, ciertos conflictos por “el complicado timbre que sólo él [Navarro] había oído”. Las dificultades “provenían de mi famoso ‘defecto de carácter’”, escribirá Otero (c. 145, p. 227). Lo lamentable es que en el Consejo pasaba lo mismo, y para el ‘caso Gusmão’ nadie quiso “tomar en consideración mi opinión” (c. 142, p. 224). Otero fue de los pocos que se expresó siempre con claridad, llegando a escribir a Balbín: “aunque no quieras desempeñar un papel de primer orden en la publicación de la obra, debías abandonar un poco tu diplomático papel de coordinador y asumir una especie de autoridad para que las cosas se hagan lo mejor posible” (c. 180, p. 267). La relación de Navarro y Rodríguez-Castellano fue muy distinta, tal y como veremos. Al final Navarro le trata por su nombre: “Querido Lorenzo” (cf. las

cartas de 1952 a 1959). Volveré sobre estas y otras relaciones personales más adelante.

Datos adicionales de interés aparecen en el informe de Sanchis (1951, n. 59, p. 150), donde se aclara que las Islas Canarias quedaban excluidas del proyecto del ALPI porque allí “el español se extendió en época tardía”; aunque en un principio parece que se pensó incluirlas (c. 81, p. 150 y c. 177, p. 264), así como las capitales de provincia. Otro dato relevante es la omisión del enclave de Muros (A Coruña) de la edición final del ALPI, hecho que Otero señaló oportunamente en 1955 (c. 190, p. 280), pero que no se tuvo en cuenta; además de la consideración que hacía el propio Navarro “como mero director retirado o excedente” del Atlas (c. 195, p. 289). Por último, cabe señalar la dualidad de Cintra a la hora de escribir, mientras que en todas las cartas dirigidas a Menéndez Pidal emplea siempre el español, al resto de los colaboradores les escribe sistemáticamente en portugués; y Espinosa “no quiere saber nada de la obra” (c. 199, p. 294).

Cuarta parte.

“IV. Traslado de los materiales a Mallorca e inicio del proceso de cartografía. El Congreso de Lisboa (1957-1959)”. Cartas 203-249.

La confección del Atlas se traslada a Mallorca, no sin reservas, especialmente por parte de Rodríguez-Castellano, pues “no hay que olvidar que es una obra en colaboración” (c. 206, p. 304). La excursión de Sanchis y Cintra por Portugal, para la comprobación de los diptongos, concluye con el juicio de que “es inexacto y desorientador transcribirlas como tales diptongos, según hacía Otero” (c. 204, p. 302). Otero, como indicamos, no participó en dicha excursión por desavenencias con Balbín (c. 205, p. 303), y por problemas familiares (c. 210, p. 308), pero finalmente continuará como colaborador del ALPI.

Rodríguez-Castellano, “en vista de que los materiales son ya demasiado viejos” y de que “están ya en marcha varios atlas regionales”, considera que debería publicarse un sólo tomo con los principales problemas fonéticos, y el resto de los materiales en forma de listas de palabras. Así se lo comunica a Balbín (c. 206, p. 305), y al propio Alvar (c. 213, p. 311).

Las cartas de reproches y acusaciones entre Rodríguez-Castellano y Sanchis son continuas. Los problemas del ALPI se centran, por una parte, en las transcripciones, demasiado complicadas (sobre todo las del andaluz), y en el modo de simplificarlas, en la confección del mapa-pauta, en la lista de palabras seleccionadas para la parte de Fonética, en el diseño “espinoso” de la portada de la obra (en la que Navarro de ningún modo quería figurar como director: “Insisto en que mi nombre debe ser omitido”, c. 234, p. 336; “Es asunto que tengo bien

meditado y decidido y ruego a usted y a sus compañeros que acepten y obedezcan mi deseo”, c. 245, p. 349), y en los “extravíos” de algunos de los materiales, por el desorden de Sanchis. Por otro lado estaba la falta de fondos para poder pagar a las personas de las editoriales: la becaria (Aina Moll), los dibujantes y ayudantes, y la editorial Seix y Barral.

En noviembre de 1957 el Sr. Fullana, primer dibujante del ALPI, llevaba “ocho mapas hechos” (c. 217, p. 315), y los colaboradores del ALPI se habían comprometido a realizar 100 mapas y tener listo el primer volumen para el IX Congreso de Lingüística Románica de Lisboa de abril de 1959 (c. 217, p. 316). En marzo de 1958 Sanchis habla de “una veintena de mapas” listos (c. 221, p. 320), en julio tenía el compromiso de entregar “los 25 primeros mapas en el establecimiento litográfico” (c. 229, p. 330) y en noviembre de 1958 había 40 mapas (c. 234, p. 336 y c. 237, p. 340). A este respecto el propio Navarro señala, “comprendo que haya dificultades económicas, también las había antes, y sin embargo pudo llevarse adelante el trabajo con relativa rapidez. Algo debe faltar, sin duda, aparte del dinero” (c. 219, p. 318). En efecto, los retrasos por parte de ciertas personas e instituciones hacen que el desarrollo del proyecto se vea afectado, tal es el caso de Balbín (c. 226, p. 325), Cintra (c. 229, p. 330), Badía (c. 231, p. 333), Seix y Barral (c. 240, p. 343), y el Consejo mismo (c. 243, p. 346).

Las pruebas del mapa-pauta del ALPI están hechas en junio de 1958. Navarro realizó una revisión cuidadosa del mismo (c. 227. p. 326-7, y c. 230, p. 331-2).

Entre los detalles más llamativos de la confección de los mapas está la inclusión de Eljas (Cáceres) en el Atlas, localidad estudiada por Espinosa para su tesis (c. 232, p. 334), o el despiste en las fechas en que se realizaron las encuestas (c. 238, p. 341). Por otra parte, es curioso que Sanchis, como “Redactor jefe” del ALPI, no estuviera en contacto con Navarro y que este escribiera, “hace años que no recibo noticias directas de su mano” (c. 225, p. 323). La excusa de Sanchis fue que había “extraviado” la dirección del maestro (c. 239, p. 324). Asimismo, la relación que mantuvieron los colaboradores, y el propio maestro, con Espinosa es otro de los aspectos interesantes: “otra dolorosa decepción fue la de Espinosa”, escribirá Navarro en 1971 (c. 311, p. 437). En efecto, Sanchis y Rodríguez-Castellano cuentan a Navarro, “nosotros no mantenemos con él contacto alguno y ya sabe Vd. que en Nueva York no hablamos con él aunque escuchamos su conferencia” (c. 244, p. 348). Navarro les contesta que “tampoco yo tengo comunicación con Espinosa” (c. 245, p. 349). Años más tarde confesará de nuevo, esta vez a Otero, que “tampoco he tenido ninguna correspondencia con Espinosa desde que vine a los Estados Unidos, caso lamentable de los profundos estragos de la guerra” (c. 312, p. 437).

Finalmente, los colaboradores anuncian a Navarro que “estamos ya afortunadamente en la etapa final” (c. 244, p. 348), y aunque el contrato con Seix

y Barral no se había formalizado (c. 248, p. 352), se logra disponer de 17 mapas para seleccionar una muestra y presentar el proyecto del ALPI en el Congreso de Lisboa.

Quinta parte.

“V. Preparativos finales y edición del volumen inicial (1959-1962)”. Cartas 250-281.

Aunque Sanchis, en enero del año 1960, escribe “podemos pronosticar ya sin miedo alguno que será el que aparecerá el ALPI” (c. 257, p. 364), los problemas económicos, la falta de fondos del Consejo y los acuerdos y relaciones con la editorial Seix y Barral continúan (c. 250, p. 357). El traslado de Sanchis de Palma a Valencia “va a trastornar los trabajos del ALPI” (c. 254, p. 361), pues se cambia de dibujantes (c. 255, p. 362), y Ana Moll deja de colaborar como becaria en el proyecto (c. 256, p. 363), al parecer “inteligente pero muy poco constante” (c. 266, p. 378). Por otra parte, se debe realizar una revisión y simplificación del alfabeto fonético y pensar en el “folleto de notas que debe acompañar cada tomo” (c. 258, p. 367, y c. 264, p. 377), es decir los datos de los sujetos, las fechas, las descripción de los pueblos y las notas lingüísticas (c. 266, p. 380).

El número de ejemplares de la tirada proyectada era de 1.500, pero el Consejo (en carta del propio del Castillo) creía conveniente “dejarla en 1.200 ó 1.300” (c. 261, p. 371).

Si bien Lapesa tenía “un interés especial” en que llegara el volumen I completo del ALPI al Congreso Internacional de Dialectología de Bélgica, en agosto de 1960, (c. 262, p. 372), lamentablemente ningún delegado del ALPI asistió a Lovaina (c. 270, p. 384).

Navarro escribe a Rodríguez-Castellano una de sus cartas más extensas e interesantes en la que le cuenta la gestación y “los cimientos de la empresa”, tal y como había anunciado (c. 245, p. 349 y c. 246, p. 350). En principio, la idea era que “el atlas español lo hiciéramos don Ramón y yo”, y “no se trataba más que del dominio del castellano y del aragonés”. Los jóvenes colaboradores añadieron la experiencia de “análisis fonético y de descripción de variantes de sonidos en la que no cabía pensar en los tiempos a que me refiero” (c. 263, p. 374), gracias sobre todo a la formación y los conocimientos adquiridos por Navarro en Francia, Alemania y Suiza (1912-1914). Navarro estaba convencido de que “la fonética y el cuestionario eran inseparables e indispensables en el Atlas” y mantuvo la idea de que “el Atlas debía comprender todo el espacio peninsular” (c. 263, p. 375).

Por imposibilidad material para llevar a cabo el proyecto, Menéndez Pidal “tuvo que desistir de tal propósito y dejarlo en mis manos”, el cambio “fue en perjuicio de la obra” y “lo he lamentado siempre” (p. 375), además de la “espina que dejó en don Ramón este involuntario renunciamento” (p. 375). La iniciativa y el plan fueron de Menéndez Pidal, pero “el Atlas que originariamente concibió don Ramón no era el que en definitiva se ha ejecutado” (p. 376).

Las tensiones y los reproches entre Rodríguez-Castellano y Sanchis continúan (c. 265, p. 377, c. 266, p. 378). Aunque la lista de “palabras previstas para el volumen II” ya estaba hecha (c. 267, p. 381), Rodríguez-Castellano informa a Sanchis de que “Balbín tiene verdadero interés en que salga este primer volumen. Dudo, en cambio, que tenga un interés igual en la continuación de la obra. Si ello ocurre así, se deberá en gran parte a nuestra desastrosa colaboración” (c. 268, p. 382). En efecto, Balbín cree que corre prisa acelerar el proyecto, pues “Alvar publicará, antes del mes de Junio, alguna cosa de su Atlas de Andalucía, y nuestra situación vendrá a ser un poco desairada” (c. 271, p. 386).

Los “malos entendidos” con Seix y Barral retrasan la corrección de las pruebas de los mapas. Sanchis no recibe en Valencia las pruebas pedidas, pero sí llegan al Consejo porque “el envío de las cuatro copias a Madrid ha obedecido a una petición concreta del Sr. Forte” (c. 273, p. 388). La primera parte de la “Introducción” del volumen es revisada por Navarro, quien la encuentra “clara, justa y precisa” (c. 274, p. 389), sin embargo anota algunos detalles, como el de que él no formó parte “de ningún equipo” de encuesta (p. 389). Sanchis le pide una “crítica rigurosa” de la segunda parte (c. 275, p. 390), y le comunica que algunas de sus observaciones “no nos ha sido posible atenderlas” (p. 391), pues algunos puntos en los alrededores de Madrid “están firmados por Vds. dos” (p. 391). Además le anuncia el “futuro archivo fonográfico apéndice del ALPI” y espera que “cada año y medio pueda publicarse” un nuevo volumen del Atlas (p. 391). Navarro, celoso de algún dato, le dice que “no hubo la menor idea de que Espinosa y yo formásemos equipo” y que debería ser “un detalle de la historia interna del trabajo que no tiene por qué salir al público y que evita en cambio la extrañeza de ese infundado equipo” (c. 278, p. 394), reforzando la ruptura total que hubo con Espinosa tras la guerra.

El Consejo piensa en obsequiar a Navarro con un “ejemplar lujosamente encuadernado, como los que regalan al Papa [Juan XXIII en aquel tiempo] y a Franco” (c. 277, p. 393). No obstante, y tras las búsquedas realizadas, hemos podido comprobar que en los fondos de la Biblioteca Apostólica Vaticana no figura ningún ejemplar del ALPI. En la Biblioteca Nacional, en cambio, hay dos ejemplares (uno en Sala de Consulta, y un ejemplar de conservación). A pesar de los problemas con la editorial, el 21 de marzo de 1962 Seix y Barral saca el primer volumen del ALPI, y “cuarenta ejemplares completos” salieron con rumbo

al Consejo (c. 281, p. 398). El primer volumen podría ser presentado, por fin, en un congreso internacional, el de Lingüística y Filología Románica de Estrasburgo.

Sexta parte.

“VI. Etapa final: un proyecto inacabado (1962-1976)”. Cartas 282-322.

El ALPI es “recibido con todos los honores” en Estrasburgo (c. 282, p. 401). Navarro, del mismo modo, lo recibe “con gran alegría y hasta con emoción” (c. 283, p. 402), pero se lamenta de que “no haya sido posible incluir las capitales de provincia en la forma proyectada” (p. 402), y le “conmueve ver convertida en realidad una parte por lo menos de la idea que se ha perseguido durante tanto tiempo” (c. 287, p. 406). El propio Navarro solicita a Zamora Vicente una reseña del ALPI, “una mina inagotable para artículos y monografías filológicas” (c. 285, p. 405), pues cada mapa “encierra materia para un buen comentario histórico-geográfico-lingüístico” (c. 287, p. 407), y revisa y encuentra pequeñas confusiones, como el trueque de lugares y su denominación entre el número 763 (Ademuz) y 756 (Fanzara) (c. 293, p. 413).

La tirada final del volumen I se elevó a 1.563 ejemplares, aunque el Consejo acordó que “se harían solamente 1.000 ejemplares”, lo que aparte de echar “por tierra los cálculos de coste y de consumo de papel, nos agrava el problema de almacenamiento” (c. 286, p. 406).

Rodríguez-Castellano hace una última encuesta para el ALPI en Gilena (Sevilla), en septiembre de 1962, y Sanchis otra en Palas-Perrín (Murcia), aunque la correspondencia no da prueba de esta última encuesta, y el cuestionario no está completo.

No hay noticias de la marcha del segundo volumen del ALPI (c. 294, p. 414), pero “el libro anejo al primer volumen” estaba bastante avanzado (c. 295, p. 415), en el cual deberían figurar también “los errores” que se hubieran detectado (c. 297, p. 418) y la “lista de erratas” (c. 298, p. 420). Dicho trabajo se ve retrasado por Cintra (c. 306, p. 429 y c. 307, p. 430). La idea de Sanchis era poder presentar el II volumen en el XI Congreso de Lingüística Románica de Madrid de 1965 (c. 299, p. 421), pero “la publicación del ALPI sigue detenida” en diciembre de 1964, sin saber “si ellos es debido a Sanchis o al Consejo” (c. 301, p. 423). Rodríguez-Castellano se pregunta por las causas de la lentitud y no sabe “si la demora obedece a razones económicas, a negligencia de los colaboradores o a informalidad de las imprentas” (c. 304, p. 426), “quizá no falten personas que opinen [...] que se debe dejar paso libre a los Atlas Regionales” (p. 427), atlas que “consiguen preferencia por ser de ejecución más rápida y menos costosa” (c. 305, p. 428). Sobre todo ello, sobrevuela la figura de Alvar, tal y como veremos más

adelante. Según el propio Sanchis, la táctica de Alvar “es la de considerar el ALPI como un trasto viejo que debe ser arrinconado y que no interesa continuar” (c. 306, p. 429). El silencio y la “incomunicación” que mantuvo Sanchis desde entonces fue algo notorio, y tanto Rodríguez-Castellano (c. 308, p. 432) como Navarro lo hacen notar, pues aunque el proyecto del ALPI se halla “completamente paralizado [...] no debería ser esto razón para que cortase la comunicación” (c. 310, p. 434); “Además es posible que Sanchis desistiera de la empresa por la pesadez del trabajo y la escasa remuneración” (c. 319, p. 446). Con el paso de los años Navarro solicitará a Sanchis “la devolución al Consejo de los materiales del ALPI” (c. 317, p. 443). Balbín confiesa a Navarro que el silencio de Sanchis venía de lejos, y que “ya va para diez años mi falta de comunicación con él” (c. 318, p. 444).

Las últimas cartas del epistolario se centran en la figura de Navarro, quien no desea volver de ningún modo a España, y no por una “cuestión de política, sino de actitud intelectual, de concepto civil y sobre todo de ética”; además “las amistades perdidas no se han reanudado; la helada fue tan honda que llegó hasta las raíces” (c. 294, p. 415), por otro lado, y según confiesa el propio Navarro, “tengo el defecto de no olvidar lo pasado y de no perdonar deslealtades ni traiciones” (c. 302, p. 425). Con motivo de la muerte de Menéndez Pidal, escribirá, “venero su memoria como hombre sabio y bueno. Lamento en el alma que en la prueba inexorable de la guerra le fallara la moral” (c. 311, p. 436). En cuanto al ALPI, aclarará a Lapesa que “no hay que esperar ningún descubrimiento que altere las bases conocidas de la dialectología española [...] su principal utilidad consistirá en completar ese conocimiento poniendo a la vista la riqueza de variantes de cada palabra, la múltiple subdivisión de las zonas generales, los enlaces y enclaves entre unas áreas y otras y la corriente de expansión de cada fenómeno” (c. 296, p. 417). Años más tarde, le hará ver a Rodríguez-Castellano que “el ALPI tiene la importancia indiscutible de abarcar conjuntamente la unidad de la Península y de distribuir su material de un modo equilibrado entre lo fonético, lo gramatical y lo lexicológico” (c. 310, p. 435), que “habrá que resignarse a considerar el ALPI como un material histórico para futuros lingüistas” (c. 311, p. 437), y que “el ALPI tiene el valor de representar la totalidad de la Península, base para la dialectología comparativa íbero-hispana” (c. 319, p. 446).

La última carta editada, la de Rodríguez-Castellano a Navarro Tomás, recuerda la labor del maestro por “hacer ver a los escépticos o mal intencionados el valor real que tiene esta obra, si se la mira con ánimo limpio y teniendo en cuenta la fecha en que se hicieron las encuestas y los fines que se deseaban alcanzar” (c. 322, p. 450). A este respecto, cabe señalar que el ALPI figura en todas las bibliotecas científicas españolas, desde el CSIC a las Universidades Autónoma de Madrid, Barcelona o Valencia, entre muchas otras, pero no en los fondos de la Universidad Complutense.

El volumen de esta correspondencia se abre con una Presentación de José Jesús de Bustos Tovar (pp. 11-14), y se cierra con el Epílogo de David Heap (pp. 455-458). Cuenta además con un Índice de nombres (pp. 459-466), un completo Índice de cartas (467-474), unas Referencias bibliográficas (pp. 475-482) y un considerable Apéndice fotográfico (pp. 485-514) de 44 imágenes, fotos de los colaboradores (solos o con los informantes, p. 489) y de los miembros del CEH (p. 485) y del CSIC (p. 504, donde “la persona no identificada” es Alvar), imágenes del cuaderno I (p. 487), mapas del ALPI (p. 503), algunas de las cartas editadas y las portadas de ciertas publicaciones relacionadas con el Atlas (pp. 510-514), entre otras cosas.

Consideraciones finales.

Otros asuntos de interés que aparecen en la correspondencia editada y que por falta de espacio trataré someramente son, en primer lugar, la omisión final en el ALPI de las encuestas en el País Vasco, a pesar de que Navarro indicara que “quedan por señalar otros puntos que habrá que estudiar más al norte en los pueblos vascos bilingües” de Navarra (c. 48, p. 108). Por otro lado, la confirmación de Menéndez Pidal de que aprovecharon los “donativos particulares de Puerto Rico y de Buenos Aires” para, junto con la solvencia del Centro de Estudios Históricos, hacer frente durante un tiempo a los gastos del Atlas (c. 55, p. 116).

A lo largo de esta nota hemos ofrecido algunos datos de interés sobre Manuel Alvar y el ALPI, información que aparece de manera expresa en la correspondencia entre los colaboradores. Dado que no ha sido todavía bien establecida esta relación, recupero otros pasajes de las cartas. Conviene recordar, en primer lugar, que en 1981 Sanchis quiso poner los materiales del ALPI a disposición de Alvar, pero este los rechazó, y cuando Alvar los quiso recuperar, le fueron denegados (cf. *Introducción*, p. 38, y n. 46). Por las fechas en que la edición del único volumen publicado del ALPI se estaba gestando, Alvar pasó a ser consejero adjunto del CSIC (1958), y justo un año después de la publicación del ALPI, en 1963, era Director del Departamento de Geografía Lingüística y Dialectología del CSIC. En 1968 obtuvo la cátedra de Lengua Española en la Universidad Autónoma de Madrid, y en 1971 la de la Universidad Complutense. Su currículum es, a todas luces, impresionante, como investigador y académico. En efecto, en 1975 pronuncia el discurso como miembro de número de la Real Academia Española (sillón T), organismo que dirigió de 1988 a 1991.

En cuanto a las valoraciones que hizo sobre el ALPI, son de sobra conocidas (cf. la nota 58, p. 242 para un resumen). En la reseña del ALPI, publicada en el *Archivo de Filología Aragonesa* XIV-XV (1964) escribe, entre otras cosas, “el

criterio con que se ha hecho el reparto de puntos sobre el mapa no parece muy científico, al menos se aparta de lo que es norma en la realización de los atlas lingüísticos”. Años más tarde, de la conferencia “Estado actual de los atlas lingüísticos españoles” (1968), Rodríguez-Castellano comentaría, “eché en falta unas palabras amables para el ALPI; sólo se recalcó en esta disertación el retraso de los trabajos, acaso con la intención de establecer un contraste con la febril actividad que se despliega ahora para hacer los Atlas Regionales” (c. 304, p. 426). Y Sanchis le contestaría, “ya comprenderás que escuché la conferencia de Alvar por lo menos con tanto disgusto como tú. Si como estaba programado, hubiese sido una ponencia en lugar de una conferencia, habría habido debate y nosotros hubiésemos podido defendernos. La táctica que sigue es la de considerar al ALPI como un trasto viejo que debe ser arrinconado y que no interesa continuar” (c. 306, p. 429).

Las críticas de Alvar venían de lejos, en “Metodología e historia lingüística. A propósito del Atlas de Rumanía” (1951), arremete contra el ALPI escribiendo que tras la prueba igualatoria de la Guerra Civil se reanudaron los trabajos de encuesta como si nada hubiera pasado, juntando materiales recogidos en 1930 con materiales de 1947, y se pregunta por el valor actual de un Atlas cuya preparación empezó 40 años antes de su publicación (pp. 51-52). En esta ocasión, da por hecho que ‘la gente de pueblo’, los sujetos informantes del ALPI, iban a cambiar el nombre de las cosas por ese motivo, generalizando los acontecimientos históricos a los lingüísticos. Rodríguez-Castellano fue uno de los colaboradores más críticos con la postura de Alvar: en mi “nota sobre el Atlas [...] se trataba simplemente de dar señales de vida, ya que parece haber personas interesadas en hacer ver que el Atlas está muerto. Ante el anuncio de que Alvar preparaba un nuevo *Cuestionario*, me di prisa en publicar esta nota y la expresión «para aviso de impacientes» la escribí pensando en él” (c. 154, p. 237); “Respecto al Cuestionario de Alvar, merecería un comentario serio por las pullas que tira al Atlas. Él tiene la pretensión de creer que el que él publicó para Andalucía es mejor, cuando la realidad es que aplicado a la Península sería mucho peor” (c. 158, p. 242); “Veo que no has tomado en consideración mi sugerencia de hacer juntos una nota bibliográfico-crítica del Cuestionario de Alvar. En vista de ello quizá me disponga a hacerla yo más adelante, porque entiendo que no se puede, mejor dicho, no se debiera pasar en silencio las «pullitas» que tira al Cuestionario del ALPI” (c. 164, p. 249). En 1953 Alvar publicó el proyecto del Atlas Lingüístico de Andalucía, “afán” que no hacía “ni pizca de gracia” a los colaboradores (c. 158, p. 242), que lo veían como un serio competidor del ALPI y presumían la suspensión del proyecto, tal y como finalmente ocurrió, pues de los diez volúmenes previstos para la publicación del ALPI, dos de fonética y ocho de léxico, solamente el primero vio la luz. “Entretanto Manuel Alvar lleva adelante sus atlas regionales, tal vez por eficacia de su gestión personal para la subvención” (c. 319, p. 446), escribió Navarro.

Por último, y antes de cerrar esta reseña, desearía apuntar siquiera unas breves notas sobre la figura de Aníbal Otero (Ribeira de Piquín, Barcia 1911 - Miera 1974), ya que las cartas editadas nos ofrecen valiosa información para ello. Como es sabido, la obra de Otero lingüista incluye, entre otras, *Contribución al diccionario gallego* (Vigo, 1967), *Vocabulario de San Jorge de Piquín* (Santiago de Compostela, 1977), así como el trabajo que presentó en conjunto con Sanchis, Rodríguez-Castellano y Cintra en el Congreso Internacional de Lingüística Románica en 1962. No obstante tenía seis o siete artículos lexicográficos “en el cajón a la espera de turno para salir a la luz” (c. 199, p. 294), pero el propio Otero creía que sus artículos eran “mal considerados por los científicos de formación sólida” (c. 171, p. 256). No obstante el propio Navarro se sorprende al conocer la labor dialectal de Otero. Tal y como señalamos más arriba, la relación con el maestro fue ‘extraña’, pero finalmente se consolidó. En palabras de Navarro, “aunque no le escriba, no necesito decirle que lo recuerdo siempre con el mismo afecto” (c. 312 p. 437), escribiendo de él que fue “un amigo afectuoso y un colaborador de rigurosa y responsable disciplina” (c. 313, p. 439), “callado, reflexivo y discreto. Sus observaciones eran oportunas y acertadas” (c. 316, p. 442).

En sus cartas, Otero se lamenta de que “nunca nadie me invitó a nada”, y de que cuando le llegaron las invitaciones (la inauguración de la Biblioteca de Ribadeo, o el III Congreso de Poesía en Santiago, por ejemplo) no pudo atenderlas, cosa muy de acuerdo con su “mala suerte” (c. 175 p. 262). Tras la campaña de encuesta en Portugal, aparecieron las serias “discrepancias” entre Cintra y Otero, y antes de que se confirmaran los datos recogidos, Otero confesó a Sanchis que “todos, lo mismo en Madrid que en Portugal, confiarán más en el ‘más grande medievalista portugués desde los tiempos de Herculano’ que en mí” (c. 181, p. 268). El propio Sanchis calificaría a Otero de hombre “poco comunicativo”, y de “huraño, poco flexible” (c. 185, p. 274-5), pero Navarro confió siempre en su trabajo. Con Menéndez Pidal y con Balbín, en cambio “no piso terreno firme” (c. 190, p. 281), llegó a escribir Otero.

En 1951 deja claro a Rodríguez-Castellano que sus “gustos y aspiraciones [...] van por el camino puramente literario” (c. 120, p. 200); son su contribución al Archivo del Romancero de Menéndez Pidal, con la versión del romance de *Alma romera libera a su marido*, recogida en 1931 en Negueira de Muñiz (ant. Fonsagrada, Lugo) y de otras versiones en El Bollo (Orense) en 1933. Sin embargo, Otero se sintió “algo enfadado” con Menéndez Pidal, “porque después de haberle enviado desinteresadamente más de 250 romances escogidos, ahora que publicó los dos primeros tomos del romancero, no se digno enviármelos; esto no tendría importancia si no fuera porque se los envió a Cintra, que no le envió más que 6 versiones malas de romances conocidísimos”. La resignación le hacía

escribir en la misma carta que “bien miradas la cosas, es más natural que D. Ramón envíe sus libros a un Prof. de la Universidad de Lisboa que a un labrador de Barcia” (c. 169, p. 254). Con respecto al problema ya mencionado de la diptongación portuguesa, y como antiguo colaborador del ALPI, Otero simplemente siguió el sistema que se había empleado en las encuestas de España, es decir, “cuando los dos transcritores discrepaban, se anotaban las dos transcripciones” (c. 194, p. 287).

A lo largo de su vida Otero desarrolló una suerte de amistad-confesión con Rodríguez-Castellano. De gran interés para conocer su figura son ciertos pasajes de las cartas editadas: “Cintra es muy simpático, pero poco [...] Yo soy poco sociable”; “Nunca he pretendido que los demás me consideren igual a otro. Cada uno puede tener de mí la idea que le dé la gana; como le concedo esto de buen grado no me arredran las postergaciones que puedan venir de juicios ajenos” (c. 194, p. 287-8); “yo en el Atlas no pincho ni corto”, “Había de ir a hacer el estudio de la localidad de Monforte, donde tiene mi mujer la escuela, pero el desánimo que tengo hace que lo vaya dejando” (c. 300, p. 422); “la desgracia de mi hijo, mi mala salud y las miserias de la vida, me han hecho cada vez menos comunicativo” (c. 309, p. 433).

Por otro lado, Otero escribió una novela autobiográfica póstuma, *Esmoriz* (Santiago de Compostela, 1994), fruto del paso por la cárcel de Tuy, donde tuvo como compañero a Pampillón (alias ‘Artaza’). De sobra conocido es el episodio: en julio de 1936, y haciendo el trabajo de campo para el ALPI, Otero es detenido y finalmente encarcelado por supuesta conspiración. En el capítulo XI de *Esmoriz* (1994: 79) el protagonista habla con Don Alexo, y este le dice: “Vostede non ten nada, nada máis que *unha confusión*, que logo se aclarará —dixera entón don Alexo—. Vostede está mais seguro que carracuca”. Recientemente se ha solicitado la consideración de Aníbal Otero como escritor del año (2011) (cf., por ejemplo, el artículo de Juan Soto, “Aníbal Otero: Aviso para desmemoriados”, ABC, España, 14/03/2010).

Después de esta breve *historia interna* del ALPI, de conocer la falta de supervisión eficaz que hubo, los malentendidos entre los colaboradores, los intereses creados en torno al Atlas, las continuas dificultades que se presentaron para realizar las encuestas y para llevar a cabo la publicación del único volumen, es una suerte poder contar con los cuadernos del ALPI, recopilados por David Heap, y saber que el proyecto de su publicación definitiva se está llevando a cabo en el CSIC, bajo la dirección de Pilar García Mouton, y la colaboración de Inés Fernández-Ordóñez (Autónoma de Madrid, RAE), David Heap (Western Ontario), Maria-Pilar Perea Sabater (Barcelona), Xulio Sousa (Santiago de Compostela) y João Saramago (Lisboa). Tal y como pronosticó Navarro, “algún día, en circunstancias más favorables, se publicará la obra total” (c. 313, p. 439),

ya que “el atlas general tiene la ventaja, por su parte, de presentar la geografía de cada fenómeno en vista de conjunto con mayor unidad de método que la que podría resultar de la suma o confrontación de todos los atlas parciales” (c. 289, p. 409). Ese es el deseo de la comunidad científica española e internacional.

Nos queda, por último, desear que los editores de este volumen que reseñamos se animen a publicar una segunda parte de la *Historia interna del ALPI*, con la correspondencia, cartas, correos electrónicos, fax y otros documentos, fechada entre 1977 y 2010. Habría material para ello.